

SEGUNDO PREMIO

"ME GUSTA CUANDO CALLAS, PORQUE TODO ESTÁ COMO ANTES"

Nunca la vi tan bonita como cuando llegó aquel día a clase con ganas de perderse y esa cara de quítame la rutina. Salió a la pizarra y mordiéndose el labio inferior empezó a leer "me gusta cuando callas..." Cuando terminó, me miró con sonrisa de niña pequeña y entonces supe que no podría dejar de quererla...

Hay veces que te sientes como si te nombraran fracasado del mes, que lo apostarías todo porque no te queda nada, que la gente a tu alrededor habla de mierda y ni siquiera la ha probado, que no darías un duro por ti. Llego a clase hecho polvo contando las horas que faltan para llegar a casa, qué ganas de acabar con la semana, qué ganas de fin de semana. ¿Y para qué? Otra vez salir perdido con amigos, buscando alguna sonrisa que me caliente el sábado detrás de la barra de alguna discoteca, sabiendo que no me acordaré de lo ocurrido el domingo y volver a casa dando tumbos, con sabor a güisqui barato y regusto a nicotina. Ser feliz por unas horas y esperar el próximo fin de semana para repetir lo mismo una y otra vez. Mientras, la semana vacía, malos vicios cada tarde, amigos, calle y la incertidumbre de no encontrar nada bueno en uno mismo, mientras me engaño aparentando ser un malote sin sentimientos.

Me llaman la atención y vuelvo a la realidad, trabajo por parejas a sorteo. Estupendo, lo que faltaba. Abro el papelito que me entrega la profesora escogido con mi mano, que es de todo menos inocente. Leo su nombre escrito con caligrafía rápida, la chica de la tercera fila a la izquierda. La rarita. Suelto el genial más irónico de mi vida y me dirijo a ella. Con tres o cuatro cursiladas ganaré que me haga el trabajo y añadiré un nuevo trofeo a mi lista de ligues.

Sin comerlo ni beberlo, era más lista de lo que parecía, más rápida de lo que creí y a las cinco de la tarde, como un pringado, realmente cabreado, me encontraba buscando su portal, mirando una y otra vez aquel estúpido *possit rosa*. Al fin lo encuentro y ya en las escaleras, llegando a su puerta, un sentimiento de arrepentimiento hizo que me

diera la vuelta huyendo de aquella encerrona obligada. A mis espaldas se oyó una puerta, giré la cabeza y la vi mirándome fijamente.

-Uno de los peores sentimientos es el de convertirte en obligación o rutina, así que vete, que aún estás a tiempo o entra, dice apoyándose en el manillar.

Enfilo pasillo adelante hasta llegar a su cuarto. Entro y me encuentro una habitación infantil en tonos rosa, peluches y fotos como si quisiera seguir siendo una niña. Me sonrío.

-¿Algo que objetar? -susurra.

Le respondo con aire burlón y me siento a su lado en el escritorio. Ella me explica qué hacer y se pone a trabajar. Me siento ridículo: no solía quedar con chicas de su 'especie' ni siquiera para hacer trabajos. Se alejaba mucho de mis tardes de frío en el parque y labios calientes. No era un cuerpo escultural como los de los ombligos pasajeros a los que me acercaba, no iba maquillada, ni siquiera peinada, y en vez de los ojos azules que tanto me gustaban y a los que estaba acostumbrado, calzaba unos color coca-cola, que, frente al flexo, tiraban a café. Pienso que a lo mejor la cafeína no está mal y sonrío. ¿Qué me pasa, estoy gilipollas?

-¿Te pasa algo?, llevas media hora mirando como un bobo mi cuarto y no has hecho nada, ¿tanto te gusta?

Sonrío de medio lado y le respondo con mi voz rasgada y la mirada juguetona (mis dos armas de seducción masiva) que ya es hora de pedirle al papaíto un cambio, que ya no es una cría, sonrío al acabar la frase. Ella agacha la cabeza y no responde. De repente veo cómo algo cae sobre su hoja y rápidamente intenta quitarlo. Su papel se emborrona, está llorando.

No sé cómo reaccionar, me invade una sensación de incomodidad, había visto a tíos llorar por no saber encajar mis nudillos, y a tías con lágrimas en los ojos mientras me alejo diciéndoles adiós para darle la bienvenida a otras. Esto es distinto, no tengo conciencia de haber hecho nada malo y me siento culpable. Se esfuerza para que no

me dé cuenta mientras sigue escribiendo. No me quedo tranquilo y le pregunto qué le pasa.

-No es nada, sigamos con el trabajo, ¿quieres picar algo? -responde entre sollozos.

Le acepto un refresco mientras le seco las lágrimas con el pulgar. Se levanta, me deja solo unos instantes y enseguida vuelve con algo de merienda. Se sienta a mi lado, se revuelve el pelo a su gusto y, tras un pequeño silencio en el que no dejo de observarla, empieza a hablar en formato secreto.

-Yo no tengo padre. Bueno lo tengo y no. Empecé a perderle hace años, cuando un diagnostico cambió mi vida, desde entonces, día a día, deja de cuidarme un poquito y paso a cuidarle yo a él. Resulta paradójico que tengas que empujar la silla de alguien que apenas unos años atrás ha tenido que llevar la tuya. Sus piernas se apagaron ¿sabes? Pero con ellas me apago yo. Puede que mi padre no pueda cambiarme la habitación, tampoco quiero que lo haga. Sé de sobra que es infantil, pero quizá sea eso lo que necesite, ya que en cierto modo he crecido de golpe por dentro, quiero seguir siendo niña por fuera, creo que me corresponde.

Se queda callada, traga saliva y me mira con ojos vidriosos. No sé qué decir, no estoy acostumbrado a los nudos de garganta. Y debe de ser que hay algo bello en lo triste, porque sentí como si no hubiera visto nunca chica más bonita. Le agarro la mano, porque no se me ocurre nada sensato que decir y por primera vez tengo miedo de cagarla. Cuando vives rápido como yo, no se suele sentir miedo, sencillamente porque a altas velocidades el peligro se distorsiona. El problema llega cuando te paras y encuentras que alguien te hace sentir vértigo. Esa persona que no te toca y te hace sentir.

Me abraza y sonrío. La tarde avanza, me habla de ella, bromea, me enseña fotos, se ríe. Tiene una sonrisa de doscientos vatios, estoy seguro. Se interesa por mí, y evito contarle ciertos detalles, pero no puedo evitar sentirme bien cuando por una vez no soy solo músculos. Acabamos el trabajo, creo que las ganas de irme de su cuarto se han quedado en objetos perdidos.

-No imaginaba que fueras así, pensé que eras de esos sin corazón, de los que tiene una maquina de esas que a la vez que se mueve hace ruido en el pecho, pero esta tarde me has hecho olvidar todos mis monstruos. Ayer no daba un duro por mí y hoy pagaría por que te quedaras un poco más conmigo. He de pedirte un favor. Lee tu el poema final del trabajo mañana, sé que yo no podré.

La miro extrañado.

-Mi madre suele leerme este poema antes de dormir, sabe que me gusta. No puedo evitar que se me quiebre la voz al pronunciarlo, se me nuble la vista y recuerde su voz clara y tranquila. Me lo recita mientras me arroja porque le encanta verme crecer cada día al verme estirada en la cama. Sé que lo hace para que cada noche no escuche cómo él se consume en dolores que un capricho de la vida le han infringido. Para mí se ha convertido "en me gustas cuando callas, porque entonces todo va bien, como antes"

Eres una cobarde digo con tono enfadado.

-He aprendido más en una tarde que en muchos de los años de mi vida. Llegas y bah, acabas cosiéndome las penas con esos puntos de dulzura dosificada tuyos, haciendo que no me sienta un bala perdida, para que ahora me digas que tienes miedo de unas letras. Y es que eres la única tía que me llevaría hasta por tabaco, me gustan tus abismos. Y ya te digo que en el laberinto que es mi vida no pierdo con cualquiera, así que tú decides. Pero antes de no plantarle cara a la clase piensa que matar también es dejar de recordar. Tú verás si hacer frente a tu pasado o atascarte en él.

Sonríe y se acerca a mí.

- Si es contigo será todo menos un error, aunque pienses lo contrario.

Noto su respiración a centímetros de mi boca y me besa.

Nunca la vi tan bonita como cuando llego aquel día a clase con ganas de perderse y esa cara de quítame la rutina. Salió a la pizarra y mordiéndose el labio inferior empezó a leer "me gusta cuando callas..." Cuando terminó, me miró con sonrisa de niña pequeña, y entonces supe que no podría dejar de quererla...

Aquella tarde elegí a la mejor compañera de viaje y es que a veces como que solo necesitas que alguien te diga que no lo estás haciendo tan mal. Y con eso pues ya tiras.